

RELIGION

Dos dimensiones de la fe

La Iglesia y la nueva situación política

El momento político actual de nuestro país invita a una reflexión especial para los creyentes. Cualquier persona que haya seguido con atención la campaña electoral se habrá dado cuenta de la cantidad de slogans, expresiones, gritos, símbolos, actitudes... con carácter marcadamente religioso. Cada partido, cada coalición, ha preferido unos u otros, según su ideología y su estrategia electoral, pero es evidente que un halo marcadamente festivo y fervoroso, gratuito y utópico a la vez ha marcado los mítines más significativos de la campaña electoral.

De ahí que sea importante como creyentes preguntarnos, inmersos en esta nueva situación, por la capacidad y tipo de convocatoria de la Iglesia. Cuando son patrimonio común y de plural connotación expresiones típicas del vocabulario cristiano, ¿cómo la Iglesia, los creyentes, seremos capaces de atestiguar la no disolución de la fe en este contexto y la novedad radical del Evangelio, de esta Buena Nueva de Salvación en medio de tantas «buenas nuevas» de salvación?

Es indudable que durante estos años —especialmente los postconciliares— se ha acentuado, y no sin razón, la predicación y la praxis de una fe encarnada. Era necesario y sin duda continuará siéndolo poner de relieve el carácter no alienante de la fe, su capacidad transformadora de la realidad colectiva y personal. Ha sido un largo proceso que ha hecho posible el real pluralismo de los cristianos recogido con fina sobriedad por el documento más importante del Episcopado sobre las recientes elecciones. (2-11-77).

Pero sabemos que la dimensión encarnada de la fe no la agota; la fe en su constante referencia a Jesucristo descubre también la cara del crucificado, como llamada crítica constante a la conversión, a la no absolutización de cualquier proyecto social y político. Esta dimensión de la fe como instancia crítica, por su referencia radical al Evangelio del Crucificado, será decisiva para la vertebración de una experiencia evangelizadora en la vida de los creyentes y de nuestra Iglesia.

Fe encarnada y fe crítica, serán, pues, dos dimensiones radicales y constantes, mutuamente enriquecedoras; que encuentran su síntesis, verdadera síntesis pascual, en la dimensión profética, esperanzada y, constantemente utópica, si queremos usar en lenguaje en uso. La capacidad profética y utópica de la fe se muestra en su capacidad de anuncio constante del Reinado de Dios y su connotación de denuncia de todos los absolutos humanos que atentan a este único y radical Absoluto Dios que se ha revelado en Jesús de Nazaret, vencedor de la muerte y viviente con plenitud para siempre (la resurrección).

Quizá sea en esta línea donde podríamos profundizar la originalidad de la convocatoria de la Iglesia hoy y aquí. No se tratará, pues, tanto de adjetivar cristianamente tal o cual proyecto o institución, sino de intentar detectar y celebrar en medio de las múltiples connotaciones y convocatorias políticas presentes su posibilidad de mediación del anuncio del Evangelio. Mediación enraizada y encarnada concretamente, pero mediación crítica y profética a la vez, que manifieste el talante inconfundible de la Fe en Jesucristo, vivida y celebrada en una Iglesia también fiel a las interpelaciones de su tiempo. — Salvador PIE